

EL CARÁCTER DE LOS DE SEXMIRO EN DICIEMBRE DE 1808

Emilio Martin Serna

Acontecimientos que narran los ingleses en diciembre de 1808 cuando iban camino de Portugal y en Sexmiro los confundieron con franceses, dado que los artilleros ingleses van de azul y no llevan la típica casa roja inglesa

En octubre de 1808, tras el éxito obtenido por el primer ejército expedicionario, el gobierno británico decidió enviar una fuerza de 30.000 soldados de infantería y 50.000 de caballería al norte de España bajo el mando del general John Moore. El oficial británico de suministros del tren de artillería, Richard Henegan, nos cuenta cómo los habitantes de Ciudad Rodrigo pasaron de considerar a los recién llegados ingleses de héroes a villanos:

Llegamos a Ciudad Rodrigo la noche del 26 de diciembre, tras una larga y penosa marcha desde Castelo Branco. El tiempo era húmedo y frío y la tediosa labor de empaquetar la munición, llevada a cabo en la plaza principal de la ciudad, expuso largo tiempo a los hombres a los elementos. Habiendo, sin embargo, concluido esta tarea, nos retiramos a nuestros respectivos alojamientos para pasar la noche, pero mucho antes del amanecer el sonido de los tambores de la guarnición española anunció que algo ponía en peligro a la ciudad. Nos levantamos de inmediato y nos encontramos con que un oficial español había llegado con la información de que una columna francesa se encontraba a muy pocas horas de marcha. Con ese espíritu eran artilleros y no llevaban la casaca roja típica de los ingleses exaltado que caracteriza a los españoles cuando se enfrentan a una situación difícil, los habitantes de la ciudad juraban que derramarían hasta su última gota de sangre en la defensa de sus hogares. Se podía ver a mujeres y niños prestando su ayuda en los trabajos de defensa de las murallas, mientras que grupos de monjes, con los largos hábitos marrones arremangados para tener más libertad de movimientos, aparecían junto a las baterías, arengando a sus compatriotas a defenderse hasta el último extremo del enemigo.

Pueden suponer que los españoles consideraban a nuestro pequeño grupo como seguros e incondicionales aliados en esta hora de necesidad, así que su absoluta confianza en nuestras valerosas intenciones a su favor les llevó a levantar las puertas levadizas que comunicaban la fortaleza con el campo abierto, sin haberse planteado en ningún momento la posibilidad de que les solicitáramos la salida. El asombro que sintieron al ver que recibíamos órdenes

de ponernos en marcha lo expresaron con un lenguaje en absoluto equívoco, y se negaron en rotundo a permitirnos salir acusándonos de desertores [...]

Tras una tempestuosa entrevista con el gobernador español sobre la necesidad de enviar nuestra munición a Almeida, se pronunció el “ábrete sésamo”, pero la gente estaba tan enfadada con nosotros que mientras marchábamos lentamente los pesados carros de municiones por las calles de la ciudad, nuestro avance se veía interrumpido por una multitud que mostraba toda su indignación ante nuestra marcha, llamándonos ladrones, y otras cosas peores, por abandonarlos en ese momento de peligro.

Pocas horas después el mismo Henegan y un camarada por poco pierden la vida a manos de los habitantes del pequeño pueblo de Sexmiro, que se habían hecho un pequeño lío con los idiomas y con los colores de los uniformes:

[...] Le propuse a un oficial de suministros, que había servido en Sudamérica con el general Whitelock y que había adquirido un perfecto conocimiento del español, que montáramos nuestros corceles y nos dispusiéramos, bajo el manto de la noche, a salir en busca de información sobre los movimientos del enemigo. Mi propuesta fue recibida con entusiasmo así que, cuando todo estuvo en silencio, montamos nuestros caballos y comenzamos nuestra expedición en dirección a las orillas del Águeda. La noche era extremadamente fría, pero sin nubes, y las aldeas por las que pasábamos no mostraban más signos de vida que el ladrido de los perros mientras los cascos de nuestros caballos golpeaban pesadamente la tierra congelada. Hacia la medianoche llegamos a un pueblo llamado Sexmiro, situado a orillas del Águeda. Aquí nos detuvimos, y tras reconocer varias casas, golpeamos la puerta de una, donde esperábamos encontrar la información que buscábamos y algo de alimento para nuestros caballos. Durante varios minutos no obtuvimos respuesta, pero como insistimos una voz en el interior nos hizo saber que nos había oído.

La puerta de abrió muy despacio, y dos figuras, envueltas en grandes capas pardas, nos preguntaron qué queríamos. Mi compañero, que era el que hablaba español, respondió que éramos oficiales ingleses que solicitaban algo de comer para ellos y sus caballos. Nos metieron en una sala alargada y oscura, al final de la cual brillaba una lámpara solitaria. Nuestros anfitriones salieron de la habitación. Mientras nos quitábamos los capotes y los sables, mi compañero y yo acordamos mostrarnos muy cautelosos a la hora de recabar información y no extender las noticias oídas en Ciudad Rodrigo esa mañana.

Un hombre vestido con sotana entró en la habitación. Era joven y de aspecto atlético y, parco en palabras, se nos presentó como el dueño de la casa.

Yo me fijé en la expresión de su cara cuando nos preguntó, con un tono sorna, dirigiendo la mirada hacia nuestros uniformes, si sabíamos que los franceses se encontraban en la otra orilla del Águeda. Mi amigo, que como habíamos acordado no quería dar más información de la necesaria, se mostró tan dubitativo a la hora de responder que nuestro anfitrión nos echó otra mirada escudriñadora y salió de la habitación a toda prisa.

Nos dimos cuenta de que no íbamos a obtener información al respecto de los movimientos del enemigo y cuando nos encontrábamos hablando al respecto de qué hacer al respecto, oímos el murmullo de un buen número de voces, y no tuvimos tiempo de expresar nuestra sorpresa cuando nuestro **anfitrión entró de nuevo en la habitación seguido de un buen número de tipos de mirada feroz que envueltos en sus enormes capas pardas se plantaron delante de nosotros con el semblante serio.** Los conocimientos de español de mi compañero nos permitieron conocer inmediatamente lo peligroso de nuestra situación allí.

La casa que habíamos elegido como la más apropiada para nuestros propósitos resultó pertenecer al cura de la parroquia, un tipo que como todos sus colegas en esos días de incertidumbre, no había ni mucho menos predicado entre su rebaño, ni por medio de la palabra ni por medio del ejemplo, los caminos de la paz.

Los curas españoles, feroces en la defensa de una religión que les proporcionaba una ilimitada influencia sobre unas gentes crédulas y supersticiosas, fueron los primeros en enarbolar la bandera de la guerra, y en lanzar a sus devotos seguidores a la venganza contra los expoliadores de su país.

La mera presencia de un francés resultaba una abominación a los ojos de los españoles, así en cuanto nuestro anfitrión vio el repugnante color azul de nuestros uniformes, se apresuró a anunciar a sus paisanos que éramos prisioneros, sin sospechar ni siquiera la posibilidad de que unos oficiales ingleses fueran uniformados con una casaca de otro color que no fuera el bien conocido y fácilmente reconocible color de las casacas rojas. En vano mi compañero intentó aclarar nuestra identidad y la importancia de nuestra misión. Lo único que obtuvimos como respuesta fue una salvaje y exultante sonrisa por parte de todos y cada uno de los presentes, menos nosotros dos, claro está, cuando el Padre concluyó un exaltado y agitado discurso sobre los males de España, condenándonos a la horca como enemigos y de sus hijos y de su duelo patrio.

Unos “vivas” gritados a todo pulmón mostraron su acuerdo con la condena, y el Padre dio instrucciones a un tipo de aspecto deleznable de colgarnos en un árbol situado en una altura sobre el Águeda, de tal forma

que nuestros cadáveres resultaran visibles para nuestros compatriotas y los advirtieran de los que les iba a ocurrir si seguían su avance.

Finalmente Henegan y su compañero se salvaron de milagro, y gracias a que el cura de Sexmiro sabía leer:

Una carta cayó al suelo. El Padre se lanzó a por ella convencido de que contenía valiosísima información al respecto de los planes enemigos, y se retiró hacia la lámpara para poderla leer. Nuestros desesperados ojos buscaban en los ojos del lector una mirada despiadada. Sus sombríos seguidores se agruparon en torno a él, ansiosos por conocer la valiosa información que la carta supuestamente contenía; de repente un “Santa María” salió de la boca del Padre. Sus ojos se dilataron, se levantó despacio y se dirigió hacia nosotros y antes que tuviéramos tiempo de preguntarnos qué estaba pasando, nos encontramos con que los que hacía un momento nos había condenado a la horca nos abrazaba con un ardor imposible de describir al tiempo que **nos sentíamos mareados por la peste a ajo y a tabaco que expelía el sorprendido grupo.**

“Amigos míos”, exclamó el Padre, “en verdad se trata de oficiales ingleses, y conocidos de mi reverenciado y fiel amigo Don Francisco.”

Sus palabras resolvieron el misterio del repentino cambio de ánimo hacia nuestras personas, y fueron la prueba de que los asuntos más graves se pueden resolver gracias a una insignificancia. El oficial que me acompañaba había sido enviado a Ciudad Rodrigo con la misión de reunir suministros para las tropas que se disponían a cruzar la frontera; durante ese tiempo estuvo alojado en la casa de un hidalgo acomodado, del que se hizo muy amigo. El día en que comenzaron los rumores de que los franceses se acercaban, este noble había abandonado la ciudad, habiendo dejado previamente en la habitación de su amigo un par de pistolas ricamente ornamentadas acompañadas de una carta rogándole que las aceptara como muestra de su estima y de su consideración. Con los nervios, esta carta había quedado olvidada en el bolsillo de mi amigo, hasta que, por fortuna, cayó al suelo por accidente.

Gracias a esta carta conservamos la vida aparte de deberle una excelente cena a base de una bien condimentada olla y un buen pellejo de vino, en el que ahogamos el recuerdo del miedo que habíamos pasado.